



¿Qué dirá tu epitafio?

por Daniel Urdaneta

Al reflexionar sobre nuestras vidas y el legado que dejamos, una pregunta surge en nuestros corazones: ¿Qué queremos que diga nuestro epitafio? Este pequeño fragmento de texto que marcará la memoria de quienes nos sobrevivan tiene el poder de encapsular nuestra esencia, nuestras acciones y nuestras prioridades. En este breve espacio, se resume lo que más valoramos y cómo fuimos percibidos por los demás. Muchos desean ser recordados por su éxito, su bondad, su amor por la familia o su servicio a la comunidad. Pero, como cristianos, ¿cuál debería ser nuestra mayor aspiración? ¿Qué palabras nos gustaría que quedaran grabadas en piedra para la eternidad?

La respuesta está en la Palabra de Dios. Hay un hombre en la Biblia cuyo epitafio, si lo tuviera, sería simple pero poderoso: "Amigo de Dios". Este hombre es Abraham, el padre de la fe, de quien se dice en Santiago 2:23: "Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios".

¿No es esta la mayor aspiración que podemos tener como hijos de Dios? Ser reconocidos no solo por nuestras obras o nuestros logros humanos, sino por nuestra relación íntima con nuestro Creador. ¡Qué honor tan grande! Ser llamado amigo de Dios es más que un título; es el reconocimiento de una vida vivida en comunión con Él, una vida de fe, obediencia, y amor incondicional.

Pero, ¿qué significa realmente ser amigo de Dios? No es una relación superficial ni casual. Un amigo de Dios es alguien que camina en su presencia, que escucha Su voz y sigue Su dirección. Es alguien que, como Abraham, confía plenamente en las promesas de Dios, aun cuando todo lo demás parece imposible. Es alguien que pone su fe en acción, obedeciendo a Dios aun cuando cuesta, aun cuando duele, aun cuando va en contra de la lógica humana.

Ser amigo de Dios significa estar dispuesto a sacrificar lo máspreciado, como lo hizo Abraham con su hijo Isaac, porque confiamos en que Dios es fiel y que Su voluntad es siempre buena, agradable y perfecta. No es una amistad que se basa en lo que Dios puede darnos, sino en quién es Él. Es una relación que trasciende los momentos difíciles, las pruebas, y las incertidumbres, porque sabemos que Él es nuestro refugio, nuestra fortaleza, nuestro amigo fiel.

Entonces, al pensar en nuestro propio epitafio, podemos preguntarnos: ¿He vivido una vida que refleje esta profunda amistad con Dios? ¿Mis acciones, palabras, y decisiones diarias muestran que soy amigo de Dios? ¿He caminado en fe, como lo hizo Abraham, confiando en Su plan y obedeciendo Su voz?

Que nuestras vidas, día tras día, sean un testimonio vivo de esta amistad divina. Que, como Abraham, nuestra fe sea contada por justicia y que nuestra relación con Dios sea tan profunda y sincera que no quede duda en los corazones de quienes nos conocen: verdaderamente, fuimos amigos de Dios.

El Señor nos bendiga a todos.